

# LA ACCIÓN EN LA PEDAGOGÍA IGNACIANA

## Análisis de sus aspectos fundamentales

Jesús Montero Tirado, S.J.

Asunción, 22-4-96

1. Introducción
2. Justificación del tema
3. La filosofía de la "acción". Elementos para una FILOSOFIA educativa ignaciana de la acción
  - 3.1. En la antropología del obrar humano
  - 3.2. En la filosofía tomista y neotomista
  - 3.3. En la filosofía de Blondel
  - 3.4. Dewey y el contexto de la acción
4. La acción como valor. Elementos para una AXIOLOGIA ignaciana de la acción.
  - 4.1. No hay cambio sin acción
  - 4.2. Se fundamenta en el Nuevo Testamento
  - 4.3. Por la acción se tiene conciencia de sí
  - 4.4. Por la acción se llega a la conciencia de ser-con-los-otros
  - 4.5. Por la acción nos hacemos ser-en-el-mundo
  - 4.6. El trabajo es acción y trascendencia
  - 4.7. Gracias a la acción podemos existir mejor
    - 4.7.1 La acción pertenece al orden existencial
    - 4.7.2. Pero el obrar humano tiene también fracasos
    - 4.7.3. El mal acompaña a la acción
    - 4.7.4. La opción vital como acción paradigmática
    - 4.7.5. La acción nos puede proporcionar una existencia feliz
5. Para qué la acción. Elementos para una TELEOLOGIA ignaciana de la acción.
  - 5.1. Acción para el cambio personal
    - 5.1.1. Para la "conversión"
    - 5.1.2. Para el compromiso en la acción
    - 5.1.3. Para el seguimiento de Cristo
    - 5.1.4. Para el cambio en términos efectivos

- 5.2. Acción para el cambio social
    - 5.2.2. Para la realización del Reino
    - 5.2.3. Para luchar por la Justicia y hacer triunfar el Amor.
  - 5.3. Acción para revitalización de la Iglesia
  - 5.4. Acción para la mayor gloria de Dios.
6. PEDAGOGIA ignaciana y acción.
- 6.1. Actitud del educador ante los alumnos
  - 6.2. Respeto al proceso de cada alumno
  - 6.3. Tener en cuenta y facilitar el ambiente congruente
  - 6.4. Reflexionar sobre los modelos
  - 6.5. Identificarse con los hechos que se contemplan
  - 6.6. Hacerle hacer el papel de consejero
  - 6.7. Darle elementos para que conozca los frutos de la acción
  - 6.8. Motivarle a partir de necesidades sentidas y vínculos afectivos.

## OBSERVACION

# LA ACCIÓN EN LA PEDAGOGÍA IGNACIANA

## INTRODUCCIÓN

El ser humano, hombre y mujer, es un ser viviente esencialmente activo. La acción de los humanos es cada día más poderosa. Su intervención en las realidades existentes, cada vez más conocidas y desentrañadas, y su intromisión en los procesos de cuanto le rodea, pueden tener actualmente consecuencias trascendentales no sólo para la calidad o deterioro de su vida, sino también para la subsistencia del mundo. Ahora más que nunca el hombre y la mujer son capaces de configurar su destino y el destino del mundo.

Los conocimientos que ha ido adquiriendo a través de la historia y especialmente en las últimas décadas, los instrumentos que ha ido inventando y la experiencia en el manejo de los medios han potenciado la acción humana de manera que su capacidad de transformar lo existente es cada día más maravillosa y sorprendente.

Este poder impresionante, este progreso en sus potencialidades de intervención, la trascendencia de todos sus comportamientos, han obligado a los planificadores de la educación a plantear la revisión de sus paradigmas y a pensar en la necesidad de proponer explícitamente la educación para la acción.

Enseñar y aprender a “poder hacer”, a “saber hacer”, a “hacer bien” y “hacer el bien” es un objetivo fundamental de la educación actual.

La educación para la acción asume la complejidad de la naturaleza, estructura e implicancias de la acción. En la acción humana intervienen varios factores, tales como el conocimiento, el mismo hacer, los motivos y los fines, y están implicados en ella procesos como el de la deliberación, la decisión o elección, intención, movimiento corporal, etc.

No es fácil educar para la acción, cuando en ella están presentes el ejercicio de la libertad y las presiones de la afectividad.

Por otra parte no se trata de enseñar y aprender sobre la acción en sí misma, porque no es ese el objetivo de nuestra educación escolar para la vida. Tampoco se trata de enseñar y aprender cualquier tipo de acción, porque no toda acción merecería el calificativo de humana y humanizadora. Por eso la dimensión ética es connatural a la educación para la acción.

Nuestro compromiso evangelizador demanda también incorporar la dimensión religiosa del actuar humano. La fe nos da datos muy importantes sobre el valor de la acción. Cristo mismo se ha manifestado fiel a “las obras del Padre” y con su ejemplo nos ha enseñado y motivado para que nosotros busquemos y “hagamos la voluntad de Dios”.

Y, como veremos en el desarrollo de este capítulo, la acción es un componente esencial en la espiritualidad y en las pedagogías ignacianas.

Nuestro interés queda confirmado además por la actualidad que el tema de la acción goza no sólo entre filósofos y educadores, sino también en la epistemología y metodología de las diversas ciencias o disciplinas. Algunas de ellas, como “las ciencias sociales, no pueden consolidarse como especialidades de conocimientos rigurosos y capaces de dar cuenta con éxito de los problemas objeto de su estudio”

“Por otro lado, el tratamiento de la acción es esencial en especialidades como la tecnología (y sus aplicaciones) o las ciencias naturales (y su práctica), enfrentadas a toma de decisión, elecciones racionales, consideración de consecuencias, etc., cuestiones todas ellas típicas de la teoría de la acción. De esta manera la acción se convierte en el nudo gordiano del que hay que dar cuenta ineludiblemente” (M. Cruz, 1997,3).

El debate de la pedagogía de la acción para la acción no escapa a los enfrentamientos ideológicos. Capacitamos a nuestros educandos para la acción, pero para qué acción. Es un hecho que se viene acelerando la intromisión de los Estados y de las industrias y las empresas en general en la educación. Hay presiones para adaptar la escuela a las “necesidades económicas”.

Michael W. Apple ya dejó constancia de este hecho escribiendo sobre algunas de sus manifestaciones más significativas. “En Inglaterra, el “Great Debate” y el “Green Paper” —que formaron parte de una estrategia para hacer que la política educativa del gobierno, desde las escuelas elementales hasta las universidades, se correspondan más con los requerimientos ideológicos y de mano de obra de la industria- aparecen como notables manifestaciones de la habilidad del capital para dirigir sus fuerzas en épocas de crisis económica. En Estados Unidos, donde media una articulación diferente entre el Estado, la economía y las escuelas, este tipo de presión sobre las políticas gubernamentales también existe. A menudo la influencia de la industria también existe”. (Michael W. Apple, 1997, 11s).

Es evidente que la acción es un tema actual y de larga proyección para los educadores. Por su importancia en sí y por el relieve que el tema tiene en la espiritualidad y en la pedagogía ignaciana, le vamos a dedicar tiempo a reflexionarlo.

Este capítulo, como todos los demás de este libro, quiere ofrecerles un conjunto ordenado de reflexiones a nivel de ensayo, con el propósito de facilitar la reflexión de los lectores, ayudar a comprender la profundidad y la complejidad del tema, buscar y encontrar inspiración que ilumine nuestro trabajo educativo y animar a seguir estudiándolo.

El análisis de la "acción" en el pensamiento y la espiritualidad de San Ignacio, buscando los fundamentos de nuestra pedagogía ignaciana, tampoco es exhaustivo, está hecho sólo en el texto y el proceso de sus Ejercicios Espirituales.

Al acabar este capítulo, el lector habrá podido comprender mejor por qué estudiamos el tema de la acción y seguramente estará de acuerdo en que:

- a) Todo el proceso de la pedagogía ignaciana está orientado a la acción. Es su objetivo central. Ignacio ha asumido las palabras de Jesús “No todos los que me dicen: “Señor, Señor”, entrarán en el reino de los cielos, sino solamente los que hacen la voluntad de mi Padre celestial” (Mt 7,21).
- b) También la acción es central en la espiritualidad ignaciana. Bastaría repasar algunos números de los Ejercicios Espirituales para confirmarlo, por ejemplo los números [1 5] [53] [108] [234] [235] [236].
- c) No podría ser de otra manera, teniendo en cuenta que la acción es el objetivo de la evangelización: realizar la voluntad de Dios y construir el Reino. (Jn 5,36; 6,28; 10,25-38; 14,10-17;15, 1 -10; Mt. 2 5; etc.).
- d) Educar para la acción se ha convertido en preocupación y objetivo de la mayoría de las corrientes actuales de la educación.
- e) El "hacer" es una de las características más relevantes de la cultura occidental moderna.
- f) La acción es consubstancial al ser humano y lo puede perfeccionar.
- g) Nuestro obrar va a más. Se hace complejo para ser más eficaz y adquiere una mayor conciencia para ser libre.
- h) El desarrollo tecnológico ha hecho posible la acción y la interacción a distancia.
- i) La civilización apoyada en la técnica requiere una mística y consecuentemente una pedagogía de la acción.

Quiero cerrar esta introducción citando unas palabras de José María Arnáiz, (en cuyo libro me he inspirado fuertemente para todo este capítulo, como podrá comprobarlo quien recurra a su obra), que pueden dar luz para la mejor comprensión de los pasos que en estas páginas vamos a seguir y lo ubican desde el principio en la perspectiva de la cultura:

"La acción humana nunca empieza desde el principio. Su obrar es acumulativo. Reúne todo el acervo cultural que le precede, se encarna en él y lo supera con sus propias experiencias que se convierten muchas veces en reales progresos. Así toma la última y más sublime dimensión la energía humana: La creatividad. En una primera fase nuestro obrar es transformación; en una segunda, liberación; en una tercera comunión y en una cuarta creación” (Arnaiz, 1984.146).

Es evidente que este proceso requiere una capacitación del ser humano, requiere pedagogía para la acción.

## **2. LA ACCIÓN EN SAN IGNACIO A LA LUZ DE LA FILOSOFÍA.**

En los Ejercicios Espirituales de San Ignacio la palabra acción sale muy pocas veces. No obstante la acción ocupa en ellos, como en su personalidad y su espiritualidad, un lugar definitivo.

Ignacio presenta la acción como diferente de la operación [46], las distingue a una de otra [1] [46] [63]. Sería un anacronismo atribuirle a la palabra “operación” en San Ignacio el contenido con que Piaget introdujo esta palabra en la psicología, tomándola de las Matemáticas. Tampoco podemos entenderla como Hans Aebli (1988, 177-182) que define la operación como “una acción efectiva, representada (interior) o traducida a un sistema de signos y en cuya realización, el que actúa dirige exclusivamente su atención a la estructura que va surgiendo”, lo que resumiendo se puede definir como “acciones abstractas”. Ignacio, según Calveras (revista Manresa 4[1928] 97-119), estaría usando esta palabra como sinónimo de obras, probablemente aproximándose al sentido de su raíz latina (opus, peris).

Las facultades o potencias de la persona (memoria, entendimiento y voluntad) de las que habla Ignacio, son concebidas también como recursos dinámicos que entran en acción. Por eso habla de “actos de entendimiento” [3] y “actos de voluntad” [3] [330]

Y más aún, el espíritu para Ignacio no es estático, se mueve, se activa y actúa. El modo de entrar en la vida del espíritu, pasando por el proceso de la conversión hasta la vida en amor es concebido como “ejercicios espirituales”, es decir, para Ignacio la acción no es sólo propia del cuerpo y la persona en sus manifestaciones físicas y psicológicas, sino que lo es también en sus manifestaciones o dimensión espiritual: el espíritu debe entrar en acción reiteradamente para lograr el objetivo de poner orden en la vida, lograr la conversión hasta el compromiso y la fidelidad máxima a la voluntad de Dios en la vivencia del amor. [1] [6] [12].

Finalmente en los Ejercicios Espirituales Ignacio recurre a cuatro palabras claves para expresar los procesos activos del ejercitante o de los protagonistas de los distintos tipos de ejercicios que propone: “obrar” [15] [16] [36] [71] [108] [315] [351] [368], “trabajar” [11] [93] [95] [116] [195] [236] [321] o “trabajo” [9] [51] [93] [96]] [97] [116] [206] y “laborar” [236].

Es inútil buscar una definición de la "acción" en los Ejercicios Espirituales o en cualquier escrito de Ignacio. El nunca tuvo pretensiones de filósofo, aunque a la hora de presentar sus profundos análisis del actuar humano, dejó elementos de mucha sabiduría, extraordinariamente útiles para la psicología y la pedagogía de la acción. Precisamente su maestría como pedagogo está en que sus conceptos se definen y comprenden en la acción

Como el tema de la acción no es tema tan frecuente en la pedagogía, creo que para comprender mejor todas sus implicancias y comprender mejor la propuesta de San Ignacio puede ayudarnos recurrir al pensamiento de algunos filósofos que reflexionaron sobre ella.

### **2.1. La antropología del obrar humano: el “homo faber”.**

El estudio y la descripción de la acción son actos de la mente, pero la acción misma es un acto biológico, una parte o aspecto de la conducta de ciertos seres vivos.

La acción humana es un caso especial entre los seres vivos, entre los seres activos que se mueven, porque el ser humano tiene en sí mismo el origen de su movimiento, de su acción.

El ser humano es tan esencialmente activo que ha llenado su lengua y su vida cotidiana de la palabra acción y cuanto con ella tenga relaciones. Basta leer la palabra “acción” en el diccionario de la lengua de la Real Academia Española para darse cuenta de cómo está en la economía cuando se habla de la participación de capital, en la filmación de las películas cuando se anuncia que empieza una toma, en la narrativa porque es su contenido específico, en el teatro porque la representa y la obra teatral se divide en actos, en el derecho cuando se emprenden las acciones legales, en la milicia para designar los combates y batallas, en la liturgia para designar el sentido de la Eucaristía, etc., etc.

Está presente en expresiones tan reiteradas como "debo hacer", "tengo que hacer", "sé hacer..... quiero hacer", "puedo hacer", "voy a hacer", "pienso hacer".

La acción humana interesa a la filosofía, incluso a la metafísica y muy especialmente a la ética, a la antropología, a la teología en general y más en concreto a la teología moral, a la neurología y a toda la medicina, a la psicología, a la sociología, a la política, a la pedagogía, a todas las disciplinas y todas las ciencias.

De una u otra forma nos encontramos con la realidad que más nos preocupa: el hacer.

Porque somos conscientes de que por la acción se resuelven los problemas vitales, familiares, sociales, culturales, laborales, económicos, políticos que nos inquietan o angustian. Y por la acción encontramos las soluciones para alcanzar la calidad de vida, los éxitos, el gozo, las satisfacciones y el placer. Todas las soluciones nacen de un fermento, de una idea, y pasan necesariamente por la realización, por el “ejercicio de una potencia”, es decir, por las acciones concretas que las hacen posibles.

La acción, como dice Dumery ("La philosophie de l'action"), sería "el común denominador de todas las operaciones humanas". Nace del doble esfuerzo conjugado de la inteligencia y de la voluntad. Se encamina tanto a la realización material de una idea, como a la transformación espiritual de una sensación.

Actúa el niño que estimula su imaginación con la fantasía o con los juguetes; actúa el deportista que desafía sus habilidades hasta lograr sus metas; actúa el estudiante que asimila conocimientos mediante su técnica de aprendizaje; el joven enamorado que quiere conquistar a su pareja; la cocinera y todo trabajador manual y el artesano, que encarnan una idea en la materia exterior transformándola; el intelectual y el científico que activan sus conocimientos y se esfuerzan por realizar el bien, tratando de reintegrar la vida orgánica en la vida del espíritu, y el contemplativo que procura cooperar con la acción de Dios.

Ignacio encarna en su persona, en su pensamiento y en su espiritualidad esta dimensión fundamental del ser humano de un modo extraordinario. Jerónimo Nadal cristalizó en una frase la mejor comprensión de esta manera de asumir el valor de la acción cuando habla de la mística de Ignacio, diciendo de él que era “contemplativo en la acción”. Ignacio sabe que el camino para ir a Dios es “hacer” su voluntad y para hacerla, “buscarla y encontrarla” (Jean-Claude Dhöthel 1991,61). La constante comunicación con Dios y la fidelidad a Dios pasan por la acción; y hasta la vivencia y la expresión del amor se definen y garantizan “más en las obras que en las palabras” [230].

Esta capacidad de integración que Ignacio vivió y que propone para todos sus ejercitantes, es tanto más relevante cuanto que su vida estuvo dinamizada por una acción trepidante. Cuando Ignacio murió sus compañeros “eran casi un millar, repartidos en más de un centenar de casas y colegios, divididos en doce “provincias” incluidas la India y Brasil.

El trataba todos los problemas de la Compañía exhaustiva y meticulosamente y aún se llegó a ocupar largos años de los novicios de Roma siendo su Maestro. Trató en su vida intensa y regularmente con cuatro papas. Se preocupó de cerca de los grandes problemas europeos de su tiempo. Y los de los orientales tampoco le fueron ajenos”.

“Su correspondencia es inaudita. Se conservan cerca de siete mil cartas. Muchas son por comisión, pero inspiradas, corregidas, leídas y releídas por él. Consta que en un solo día despachó unas treinta”.

Sus cartas iban a destinatarios tan diferentes como reyes, cardenales, religiosos, jesuitas, parientes, amigos...lo que nos revela a un Ignacio director espiritual, apóstol, superior y hombre de gobierno”

“Su cargo de General (de los jesuitas) no le impedía un apostolado inmediato, que con justicia le ha dado el título de Apóstol de Roma”.

Por algo Marcuse, refiriéndose a Ignacio de Loyola, dijo: “Es él y no Napoleón, el mayor organizador europeo del mundo”. (Ver Juan Carlos Elizalde, 1997, 57s).

## **2.2. La acción en la filosofía de Aristóteles.**

El pensamiento de Aristóteles sobre la acción sigue siendo actual y por su vigencia es citado por los filósofos modernos de la acción. Podemos pensar con fundamento que Ignacio, en sus estudios de letras en la Universidad de París de la Sorbona, recibió lecciones sobre la filosofía de Aristóteles. Independientemente de esta posibilidad, es cierto que el análisis filosófico que hace Aristóteles de la acción tiene no pocos puntos de contacto con la manera de pensar de Ignacio.

Eduardo Rabossi, presenta una interesante síntesis del tema en Aristóteles, de la que recojo algunos de los párrafos más pertinentes para nuestro objetivo:

-“Vivimos en un mundo colmado de entidades que interactúan entre sí porque tienen poder (dinamis), es decir, poseen la aptitud o capacidad natural de actuar. Pero los seres humanos somos agentes en un sentido básico y fundamental: somos la causa de nuestro propio comportamiento, somos el principio y la génesis de nuestras acciones “como un padre lo es de sus hijos” (EN, 1113b, 18).

-“La acción de un agente humano debe distinguirse de sus estados pasivos, es decir, de lo que le pasa o acaece. La distinción entre acción y pasión es fundamental, no sólo porque permite conceptualizar la acción como distinta de los procesos naturales y de otros factores fuera de nuestro control, sino porque está en la base de toda atribución de responsabilidad” (EN,1113b,20-30).

-“No todo lo que un agente hace por iniciativa propia puede atribuírsele como una acción suya. La acción del agente tiene que ser voluntaria, no sólo en el sentido de ser producida por él, sino en el sentido adicional de ser realizada por él de manera intencional: “...lo voluntario parece ser aquello en que la iniciativa está en el agente, que conoce las circunstancias concretas de la acción...siendo involuntaria la acción que se hace por fuerza o por ignorancia (EN, 1111<sup>a</sup>, 23).

-“Toda acción en el sentido definido, está dirigida a un fin. El fin es elegido por el agente y es lo que da sentido a su obrar. Esto se relaciona con el hecho de que los agentes

humanos...tienen la capacidad de desear aquello de lo que carecen. Claro que si actuaran sólo en función del deseo o apetito (epithumia) se comportarían de manera no racional, como los animales y los infantes. Pero los agentes humanos poseen la aptitud especial de asociar el deseo con la inteligencia (lógos) de modo de neutralizar los deseos puramente sensuales, tomar conciencia de los fines superiores y elegir de acuerdo a su propia deliberación (bouleusis). La acción humana es pues una actividad (energeia) orientada de manera inteligente: “El principio de la acción –aquello de donde parte el movimiento no el fin que se persigue- es la elección y el principio de la elección es el deseo y la elección orientada a un fin...la elección es o inteligencia deseosa o deseo inteligente, porque el fin es hacer bien las cosas, y eso es el objeto del deseo. Lo peculiar de los humanos en tanto agentes es su capacidad de deliberar, de razonar con fines prácticos y de actuar en consecuencia (EN 1139a, 30-35; 1139b, 5-10; 1112a, 18-1113a 13; 11 47a).

-“Los dos principios de la acción –el deseo y la elección racionalmente orientada- pueden entrar en conflicto. Tal el caso de la incontinencia o debilidad de la voluntad (akrasia). En la situación akrática el agente obra de manera voluntaria, pues no opera sobre él ningún tipo de coerción externa, pero su obrar no está suficientemente determinado por una elección inteligente: el akrates “abandona la elección que ha hecho”, “abandona la conclusión a la que ha arribado”. En suma, el agente sabe qué es lo mejor que corresponde hacer en la especie, pero hace otra cosa...” (EN, 1151a-1152a).

-Desde un cierto punto de vista, las acciones son cambios en el mundo producidos por agentes racionales. En tal caso, los elementos o aspectos a tener en cuenta son el agente, el tipo de acción que lleva a cabo (la individuación de la acción), las personas o cosas que afecta, la manera en que la acción se realiza, los medios a los que se apela, las circunstancias en las que la acción se produce y el resultado que se obtiene. Desde otro punto de vista, los elementos pertinentes de la acción son las creencias del agente acerca de las peculiaridades de su acción, los motivos que lo guían, los propósitos que persigue, la deliberación y elección que lleva a cabo y la excelencia moral y sabiduría práctica que exhibe. En consecuencia, se puede hablar de un aspecto externo de la acción que “pone de manifiesto la eficacia del poder agencial y muestra a una persona actuando en el mundo que la rodea para controlarlo y ordenarlo”, y de un aspecto interno de la acción que “explica esa eficacia al concebir a la persona como un complejo de pensamientos y deseos... A menos que se tome en cuenta el aspecto interno, no se podrá comprender la naturaleza de una acción –de qué tipo de acción se trata- porque esa naturaleza es definida por el propósito y el motivo del agente” (Sullivan, 1975,32-33).

-La inteligencia (nous) tiene aplicaciones teóricas y aplicaciones prácticas. La inteligencia teórica es una actividad que no lleva por sí misma a actuar; sólo cuando la inteligencia práctica elige un fin y se propone alcanzarlo –cuando es inteligencia práctica- se desencadena el proceso que conduce a la acción (EN, 1114a, 33; 113a, 24). La finalidad del saber teórico no es cambiar algo o ponerlo en movimiento, pues en tanto teóricos somos espectadores. En cambio, la finalidad del saber práctico es la acción es una obra (ergon). El logro máximo de una persona es alcanzar la sabiduría teórica (sophia) y la sabiduría práctica (phronesis)...

-La reflexión filosófica acerca de la naturaleza de la acción humana no sólo tiene un interés intrínseco, sino que es necesaria para teorizar con provecho acerca de la moral y la política (EN, 1094a, 25-1095a, 10). Por otra parte, al filosofar acerca de la acción humana

hay que decidir cuestiones filosóficas que, contextualmente, resultan ser básicas o fundantes. Hay que fijar posición respecto de la viabilidad de una concepción teleológica (o no) del obrar humano, y en general de los fenómenos mundanos (EN,1095a,14-15); de la manera de categorizar los cambios y movimientos (EN,1173a,28-1174b,13); de la índole de la conexión existente entre los antecedentes de la acción y la acción misma (EN,1113b,18); o de la naturaleza de la persona humana, de la psique humana (EN,1139<sup>a</sup>,4-15) y su relación con la envoltura corpórea, entre muchos otros casos”.

Es larga la cita en la que recojo el resumen excelente que Eduardo Rabossi nos hace de la filosofía de Aristóteles sobre la acción en el libro que ha recopilado Manuel Cruz, con el título “Acción humana” (1997,5-8). Pero vale la pena, porque centra la reflexión sobre los principales aspectos de la misma, con claridad y racionalidad extraordinarias, que siguen siendo vigentes en la actualidad.

Para Ignacio es claro lo que piensa Aristóteles sobre la responsabilidad personal de nuestros comportamientos, porque somos “causa y génesis” de nuestras acciones. Tan marcada estuvo esta convicción en él que padeció períodos de angustia por la presión de escrúpulos en su conciencia. Y toda la finura moral y de inteligencia de sus métodos de discernimiento revelan que no quiere fallar en esa responsabilidad y aspira a la certeza para poder hacer con fidelidad extrema la voluntad de Dios.

El tratamiento que va desarrollando para definir el nivel de voluntad libre y comprometida es una de las características más resaltantes de su psicología. Su experiencia personal en el proceso de elección y decisión ha profundizado el conocimiento de la voluntad y sus grados de entrega. El ejercicio de los tres binarios de hombres [149] así como la famosa “oblación de mayor estima y momento”, en la que refuerza la decisión diciendo “que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada” [98], demuestran cómo Ignacio quiere comprometer y ligar la voluntad a la acción que resulte ser la voluntad evidente de Dios, por más difícil que pudiera parecer. Nada es pasivo en San Ignacio, ni siquiera el flujo y el ritmo de los procesos de vida interior. El quiere que los conozcamos, los examinemos, los calificuemos, los limpiemos de las malas mociones y los conduzcamos.

Cuanto propone Aristóteles sobre el valor y el sentido de la elección nos puede ayudar a comprender el sutil y profundo análisis que Ignacio hace del proceso de elección y decisión y de su habilidad pedagógica para llevarnos a elegir y decidir lo que tenemos que hacer con las mejores garantías de que llegaremos a buen resultado. La tensión teleológica de Ignacio está ya presente desde la primera frase del Principio y Fundamento [23]. Sería agotador contar las veces que usa la preposición “para” apuntando a la finalidad.

Finalmente vale la pena destacar que Ignacio conoce la “akrasia” aristotélica, la debilidad de la voluntad ante la acción necesaria o valiosa, ante la acción que hay que hacer, y ha logrado una disección de ella mucho más aguda que lo que logró Aristóteles. (Ver, por ejemplo, primer y segundo binario [153-154]).

### **2.3. La acción en la filosofía tomista.**

La distinción que la filosofía tomista hace entre "acción inmanente" (queda dentro del sujeto) y "acción transitiva" (sale del sujeto), "acción elícita" (el acto de querer) y "acción imperada" (lo que la voluntad decide hacer), puede iluminar el espectro de acciones a las que se está refiriendo San Ignacio en los Ejercicios Espirituales.

San Ignacio no entra en la polémica filosófica si es antes el "ser" que el "hacer" o no. Supera el dualismo excluyente.

No está en su concepto la identificación absoluta del ser con el hacer: "lo que no actúa no existe", que defenderían los estoicos o el Fausto de Goethe cuando interpreta el principio del Evangelio de San Juan diciendo: "Al principio era la Acción".

Tampoco está en su concepto el privilegio inmanente del hacer de los existencialistas, a quienes no les interesa el ser, sino el hacer.

Y tampoco, por otro lado, aceptaría la mera sucesión tomista del "ser que precede necesariamente al hacer".

Menos aún aceptaría el desprecio de la acción de los esencialistas como Blackie o Louis Boisse con su "Fetichisme de la action" (1902).

Ignacio no es filósofo sino místico y propone su experiencia de la integración entre la identidad del ser y la acción, entre la acción inmanente y la transitiva, entre la acción elícita y la imperada, entre la acción y la contemplación.

Para Ignacio el acto de ser y el acto de obrar son distintos, pero se implican mutuamente. El principio de la totalidad y la coherencia impone en ellos una mutua integración dinámica. Así nuestro quehacer revierte en nuestro ser. Adquirimos una unidad profunda y nos vamos afirmando y perfeccionando a medida que actuamos de una forma tal que realizamos el ideal que somos.

Una de las contradicciones más fuertes, que el hombre a veces experimenta, se sitúa en la tensión entre "lo que es" y "lo que hace"; contradicción por la que surge la tensión entre lo que se es y lo que se debe ser. Tensión -comenta Arnaiz- que acompaña a toda existencia humana y que la percibimos mejor en contraste con la acción de Dios:

"Lo que nos desconcierta en nuestro caso y que no podemos igualar, y lo que hace nacer la admiración con respecto a Dios, es la perfecta adecuación entre el ser, el conocer y el hacer" (Blondel).

Esta adecuación, esta coherencia, es la que Ignacio ha descubierto en Cristo y nos presenta como modelo y objetivo en los Ejercicios Espirituales

El neo-tomismo de De Finance puede iluminar también nuestro análisis del concepto de acción en San Ignacio.

"Ser" y "hacer" en lugar de oponerse se implican tan estrechamente que la acción lejos de constituir para el "ser" una especie de ornamento facultativo le procura perfección y unidad".

En este sentido la acción remedia la imperfección del ser. Es la propuesta de Ignacio al proponer los "Ejercicios Espirituales".

Geiger (1963,170) estudiando el ser y el actuar en la filosofía de Santo Tomás, recoge otro aspecto de la misma idea, que Ignacio también ha tenido en cuenta desde el Principio y Fundamento y en meditaciones claves como la Encarnación o la Contemplación para alcanzar amor. Geiger dice: "El devenir de los seres corporales y de los seres espirituales, el obrar que debe asegurar la realización, se encuentran fundamentalmente en el ser mismo ya que ellos representan el "esse" limitado y oprimido por la esencia finita, como la nostalgia de la plenitud, de la ilimitación y del dinamismo difusivo que pertenece al Esse puro.

No viene a sobreponerse al ser, pero tiene en sí como el sello impreso por el Esse en sus participaciones. Si el ser limitado obra no es solamente para remediar sus deficiencias, sino más profundamente, porque lleva en él una tendencia hacia la plenitud del Esse, que trata de triunfar de la limitación que impide al ser desarrollar todas sus virtualidades". En todo ser hay un deseo, una tendencia afectiva del ser, que es la razón última del obrar. El "hacer" supone crecimiento en el ser.

Este dinamismo, según Geiger, lleva a cinco tesis:

- a) presencia del objeto en el apetito
- b) el dinamismo del deseo natural
- c) el realismo de las causas creadas
- d) el origen de la perfección
- e) y el carácter existencial de la acción transitiva que nos lleva a realizaciones concretas.

#### **2.4. En la filosofía de Blondel.**

Si el análisis tomista de la acción y el reajuste neotomista nos ayudan a comprender y sistematizar el pensamiento de San Ignacio sobre la acción, más aún nos ayuda la filosofía de la acción de Maurice Blondel.

Para los filósofos de la Sorbona la palabra "acción" designa exclusivamente la realización práctica. Se opone a la teoría y al pensamiento.

En cambio, Blondel -como San Ignacio- no lo entiende así. Para él adquiere un sentido trascendental y designa toda actividad humana, incluso la de pensar. Pensar es acción.

En "La ilusión idealista" (1956,115) Blondel escribe: "No hay que olvidar nunca que todo pensamiento es a la vez acto y conocimiento. Si el conocimiento es la quinta esencia de una vida que se proyecta concentrándose, el acto mismo que realiza esta síntesis sobrepasa la representación abstracta que todavía queda".

Normalmente la razón es inmanente a la acción. Por eso podemos hablar de una lógica de la acción. Razón y acción, lógica y vida no son dos bloques exteriores independientes el uno del otro.

Blondel hizo extensiva la aplicación de la palabra "acción" a todo el obrar humano. En su obra clásica "La acción" concluye también que el que no hace no es. Condena la pasividad tanto en el dominio del ser como del conocimiento y de la voluntad. Su filosofía intenta rehabilitar al mismo tiempo la eficiencia de la técnica, la dignidad moral, el valor de la metafísica e incluso el de la mística.

La acción tal como la entiende Blondel es una experiencia integral que busca su origen más allá de la inteligencia y de la voluntad: en la fuente común de estas dos facultades, en el dinamismo del ser espiritual donde ambas se encuentran y se convierten en dinamismo para obrar.

El autor de "La acción" irá más lejos y verá en la acción la "síntesis del querer, del conocer y del ser". Así entendida, la acción sería el lugar de encuentro donde confluyen para

armonizarse las fuerzas, los valores y las ideas del espíritu.

Esta visión integradora de Blondel, esta pasión que descubre la unidad y la búsqueda, el “sueño por reunir todas las aguas de la verdad, todas las corrientes de las ciencias en una especie de Océano Pacífico donde se reconcilien los sistemas más diversos y todas las controversias” (Blondel, Carnets intimes, 12), ese deseo de totalidad integradora, nos recuerda el anhelo de síntesis que Ignacio refleja en todos los Ejercicios Espirituales.

En su libro "La acción" Blondel escribió algo que nos recuerda la actitud de Ignacio en las "Reglas para sentir con la Iglesia", en las meditaciones de la Primera Semana y en el famoso "Presupuesto" [22] que les antecede:

"Acoger todas las negaciones que se autodestruyen, entrar en todos los sistemas filosóficos como si cada uno de ellos guardase la verdad infinita que él piensa acaparar... encontrar en cada uno la inspiración primitiva con el fin de conducirnos a todos ellos en una actitud de total sinceridad hasta el término de su inspiración original".

Otro aspecto de coincidencia entre Blondel y San Ignacio es el de la valoración de la acción en cuanto tal, como índice de la calidad del ser y la vida personal:

"La acción es el núcleo esencial del hombre y sólo un análisis de la acción puede demostrar las necesidades y las deficiencias del hombre, tanto como su aspiración al infinito, la que a su vez puede ser satisfecha sólo por la acción gratuita y misericordiosa de Dios.

La acción debe constituir la síntesis de la espontaneidad y de la reflexión, de la realidad y del conocimiento, de la persona moral y del orden universal, de la vida interior del espíritu y de las fuentes superiores en que se alimenta. Joubert ha dicho -continúa Blondel- "Pensar en Dios es una acción". San Juan de la Cruz había dicho más profundamente: "La acción que encierra y acaba todas las demás es pensar verdaderamente en Dios".

## **2.5. Dewey y el contexto de la acción.**

Dewey, como la corriente del pragmatismo, ha reflexionado sobre el condicionamiento de la acción por las circunstancias que la provocan, por su relación con la situación o el contexto y, en consecuencia sobre los límites de su eficacia y de su libertad.

Desde este punto de vista la acción deja de hallarse ligada únicamente al sujeto que actúa, y de encontrar únicamente en él o en su voluntad su verdadero principio. Pierde la posibilidad de consumarse y determinarse en el sujeto mismo.

Por esto para Dewey la acción se convierte en "comportamiento" (respuesta del organismo viviente a un estímulo), es decir en una acción que resulta no sólo de la inteligencia y la voluntad, sino también del estado de cosas (circunstancias, situación o contexto) a las que debe adecuarse el sujeto.

El comportamiento se diferencia de la acción por varias características. El comportamiento es una manifestación de la totalidad del organismo y no una manifestación de un principio particular, p.e. la voluntad; está constituido únicamente por elementos observables y descriptibles en términos objetivos; y, sobre todo, es uniforme, es decir, constituye la reacción habitual y constante del organismo vivo a una situación determinada.

San Ignacio comprendió el poder del contexto, pero a diferencia de los pragmáticos, mantiene la responsabilidad del sujeto no sólo ante los comportamientos, sino ante las acciones más íntimas, que brotan de principios internos de la persona, aunque no sean observables externamente ni descriptibles con objetividad. Plantea la batalla con los condicionamientos del contexto, no sólo externo, sino del contexto interno, íntimo de la persona, para reafirmar la verdadera liberación, incluso la liberación de "los afectos desordenados".

### **3. LA ACCION COMO VALOR. Elementos para una "axiología" ignaciana de la acción.**

#### **3.1. Para San Ignacio no hay cambio sin acción.**

El re-ordenamiento de la vida y la victoria sobre sí mismo [21], con todos sus efectos y consecuencias immanentes y trascendentes, se va a conseguir por medio de "Ejercicios Espirituales".

Es significativo el uso ininterrumpido de verbos en su texto, es decir, de los elementos gramaticales más adecuados para expresar la acción. Y especialmente reveladora la constante repetición del verbo "hacer".

Y cuando propone sus más grandes contemplaciones será para contemplar "lo que **hacen** las personas sobre la haz de la tierra", "lo que hacen las personas divinas", "lo que hacen el ángel y Nuestra. Señora" [108], así como "lo que hacen María y José para que el Señor sea nacido en suma pobreza..." [116] o para considerar "cómo hace" "el caudillo de todos los enemigos" [141] y, por el contrario, "el sermón que Cristo Nuestro. Señor hace a todos sus siervos y amigos" [146], o más expresivamente lo que Dios hace y cómo lo hace que se constituye en el contenido definitivo de la Contemplación para alcanzar amor [234-237]; un hacer que se califica como "trabajo y labor" [236] y un amor que "se debe poner más en las obras que en las palabras"[230].

Por eso mismo, no es de extrañar que al sintetizar el proceso de la conversión, de la decisión firme a cambiar, después de contemplar lo que Cristo ha hecho por mí, el compromiso se formule con tres preguntas concretas: "Qué he hecho por Cristo, qué hago por Cristo y qué debo a hacer por Cristo" [54].

Y cuando se trata de buscar el plan de Dios, el método será contemplar lo que hace Cristo, de manera que viendo lo que hace y cómo lo hace, yo pueda conocerle íntimamente y seguirle. [Todas las contemplaciones de la vida y muerte de Cristo].

**3.2. La estrategia de San Ignacio que se apoya en el valor de la acción** tiene su fundamento claro en el mismo Nuevo Testamento. Tanto los Evangelios como los Hechos de los Apóstoles nos comunican la experiencia que los testigos tuvieron de Jesús haciendo teología "narrativa", es decir, teología sobre los hechos, las acciones en que se manifestó la manera de ser de Jesús y sus seguidores y el proyecto de la "Buena Noticia".

Todo el proceso que vive el "ejercitante" es un proceso radicalmente activo para la conquista de objetivos que sólo por la acción suya, coordinada, unida con la de Dios, se podrá lograr.

### **3.3. Por la acción se tiene conciencia de sí.**

Kant coincidiría con San Ignacio al afirmar que "el hombre entra cabe sí por el saber, el hacer y el esperar". A la conciencia de sí, a su íntima interioridad, a la subjetividad más profunda de su persona se llega por la acción, sobre todo en las situaciones límites, en la crisis (Husserl).

La acción crea una conciencia de sí. El hombre es conciencia de sí en la medida que es existencia en el mundo e intersubjetividad. R.Jolivet, en sus "Ensayos sobre los problemas y las condiciones de la sinceridad" lo expresa con claridad.: "ni la reflexión, ni el análisis del contenido de conciencia proporcionan los medios suficientes exigidos por un conocimiento de sí mismo. El valor de este método -que no se podrá negar- es, sin embargo, parcial ya sea porque nos deja a la puerta de la subjetividad, o bien porque nos impide la mediación de] concepto, que nos lleva por su propia ley a los cuadros de la conciencia general. Por eso nos vemos obligados a tratar de seguir otro camino, y el único que aparece delante es el obrar. Se puede esperar que los actos, por los que nos expresamos y nos realizamos, nos darán acceso a la subjetividad".

La experiencia de nuestros actos libres es sin duda la que mejor nos lleva a descubrir esa relación con el yo, necesaria a todo ser humano. Lavelle afirmó que la conciencia es "una iniciativa por la que un ser se hace y se ve haciéndose". Para él el espíritu es acto, la cosa es pasividad, es accionada; el espíritu actúa por propia iniciativa y esta acción es su existencia, y en consecuencia se hace tal por la acción.

### **3.4. Por la acción se llega a la conciencia de ser-con-los-otros.**

Hay otra razón más para ponderar el valor de la acción: es la acción la que nos lleva a ser-con-los-otros.

La toma de conciencia de mí mismo va unida al acto de toma de conciencia del otro y del mundo. Max Scherler, Lavelle, Mounier y, en general, el Personalismo han continuado la corriente iniciada por Feuerbach, destacando el carácter social y relacional del hombre. En el sentido más profundo de la palabra, la persona está abierta a los otros y se define en su relación con ellos (Arnaiz).

Para Laín Entralgo, como para M.Buber, la "percepción del otro" supone siempre el ejercicio de una actividad. "El encuentro es el primer tipo de actividad que me lleva a ser-con-el-otro.

Es evidente que adquirimos la "intersubjetividad" por la acción. La intersubjetividad pertenece a la naturaleza misma del obrar humano. Nuestra acción nos remite a los otros y ellos vienen a nosotros a través de sus realizaciones. "Nuestra relación con los otros la adquirimos con realizaciones, no con omisiones. Al otro le encontramos en sus obras y al hacer las nuestras".

La relación intersubjetiva no se agota en una relación de tipo potencia-acto. Es radicalmente relación acto-acto. Somos relación. Nuestra existencia se afirma en y por la relación. Si existimos es por la relación biológica con nuestros progenitores y por la relación intersubjetiva y cósmica. Esta relación da consistencia a nuestra existencia y a nuestra identidad personal.

### **3.5. Por la acción nos hacemos ser-en-el-mundo.**

El mundo es condicionamiento de la conducta humana (ver "contexto"). Como fenómeno total rebasa las dimensiones humanas y aparece como ámbito en el que situamos nuestra acción. Es el lugar donde el existir y el obrar humano acontecen. Su estructura está hecha de realidad envolvente, pragmaticidad y ambigüedad y constituida por las cosas, por el "ello", como diría Buber. (Cfr. Rostand, "El hombre en el universo").

La implicación hombre-mundo es mutua. El hombre se humaniza por el cosmos y el cosmos se perfecciona por el hombre. Por el mismo movimiento el hombre humaniza y se humaniza. Es un productor de su trabajo, pero es más que eso.

### **3.6. El trabajo es acción y trascendencia.**

Cuando San Ignacio dice en la Contemplación para alcanzar amor que Dios "trabaja" está dando a la acción-trabajo una dimensión trascendental.

Arnaiz dice que exaltar el trabajo -como se ha hecho en algunos sistemas sin tratar de dar al trabajador otro ideal y otro fin que aumentar la producción y acrecentar las riquezas, es reducir al trabajador a mera función. Se arruina al mismo tiempo al hombre y al trabajador. El hombre termina siendo puro instrumento. Al hacerlo se ha centrado la atención no en el hombre sino en las cosas que produce.

Para que la acción-trabajo sea humana, tiene que permitir al hombre realizarse en su triple dimensión: el trabajador deberá ser colaborador; no hay trabajo aislado. Se hace en sociedad y se hace para una sociedad.

El trabajo pertenece a la esencia del hombre. Por él transforma el cosmos como fabricante y co-creador, y la materia lo transforma a él entrando a formar parte de su mundo. La fórmula de San Ireneo es especialmente expresiva: "Dios, has hecho en el tiempo tus obras para que el hombre haciéndose por ellas, dé frutos de eternidad" (M.G. XCI, col. 1305).

### **3.7. Gracias a la acción podemos existir mejor.**

#### **3.7.1. La acción pertenece al orden existencial.**

Como dice Arnaiz, "obrar es dar pasos hacia la existencia auténtica. La acción pertenece al orden existencial. Crea en nosotros conciencia de nuestra angustia, del mal que nos rodea, de la libertad que tenemos, del riesgo que corremos, de la felicidad que buscamos, del tiempo y del espacio en los que existimos. Es un desafío constante a superar todo lo que es limitación deshumanizadora. Es un modo de existir y un modo tal, que afecta a los otros modos de existencia del hombre".

El hombre existente es un ser inconcluso. Y el obrar nos sitúa en el constante tender a ser más: por nuestras obras, nuestra técnicas y nuestros instrumentos tomamos conciencia de nuestro continuo avanzar hacia la perfección nunca alcanzada. Si fuéramos pura perfección ni el obrar técnico ni el obrar moral tendrían sentido.

### **3.7.2. Pero el obrar humano tiene también fracasos.**

La teoría del fracaso nos envía a la metafísica del error y a la teología del pecado.

Lacroix (L'echec, PUF, Paris, 1964) indica que el problema del fracaso es el problema de la acción, pues viene a revelarnos la distancia que en nosotros existe entre lo que somos y lo que hacemos. Para no dejar el fracaso sin sentido, hay que afirmar que la acción es un elemento necesario en nuestra concepción del universo y un modo de adquirir sabiduría. Así se orienta hacia el éxito. Hay que llegar hasta la estructura íntima de la acción para descubrir el sentido profundo del fracaso. Es el verdadero lazo substancial entre el yo y el tú, el yo y el mundo y entre el yo y el yo. Y esta adecuación hay que hacerla.- Pero es difícil llegar a realizarla. La perfección de la acción no es fácil conseguirla.

**3.7.3. El mal acompaña a la acción**, pero por la acción nos podemos liberar de él. ¿Con qué acción? Por nuestra contingencia radical la ausencia del mal es utópica, se daría solamente en un mundo irreal. Por experiencia tenemos que admitir que la victoria definitiva sobre el mal no es posible con solas nuestras fuerzas. ("Sin mí nada podéis hacer" Jn 15,5; "Para Dios nada hay imposible" Lc 1,37; "Si tuvieran fe... nada les sería imposible" Mt 17,20; "Todo lo puedo en aquel que me da fuerzas" Flp 4,13).

### **3.7.4. La opción vital, como acción paradigmática.**

Hay un momento de nuestra existencia en que "nos elegimos"; así salimos de una situación dialéctica indefinida y recibimos una orientación fundamental. Entonces realizamos la acción humana que es paradigma de todo el resto de nuestras obras. Y asumimos la actividad pasada y presente del hombre orientándola hacia el porvenir. Es la opción vital.

Esta opción es necesaria para salir de una cotidianidad inauténtica y llevar una existencia auténtica. "Da una orientación total a toda la existencia y en función de ella giran todas las otras opciones. Es la primera en importancia y nos compromete totalmente y de manera irrevocable. Reúne fuerzas y energías dispersas y da sentido a nivel existencial a toda nuestra vida". (Cfr además L.Monden: "Conciencia, libre albedrío, pecado" Barc., Herder, 1965).

La opción vital es el modo existencial de integrar lo absoluto y lo temporal del obrar humano. Merleau-Ponty ("Phenomenologie de la perception") ha escrito:

"Soy yo el que doy un sentido y un porvenir a mi vida; pero esto no quiere decir que este sentido y este porvenir surjan de la nada; brotan de mi pasado y de mi presente... y así damos un sentido histórico a nuestro obrar, es decir, al que la historia nos propone".

### **3.7.5. La acción nos puede proporcionar una existencia feliz**

Toda acción humana puede engendrar esperanza. La transformación de nuestra tierra tiene algo que ver con el cielo que nos espera (Cfr. Teilhard de Chardin).

La felicidad no tiene un sentido pasivo. El hombre se hace feliz al realizarse como ser

humano libre, que busca un bien increado. La auténtica felicidad consiste en la actividad del espíritu que se dirige, según su propia teleología, no sólo a conocer la verdad, sino también a realizar el bien, y así consigue su propia e interna perfección. Y al lograrlo llega el placer, que puede ser felicidad. (Arnaiz, comentando a De Finance en su "Ensayo sobre el obrar humano").

#### **4. PARA QUÉ LA ACCIÓN. Elementos .para una "teleología" ignaciana de la acción.**

Como hemos dicho, toda acción humana es intencional. Actuamos para algo, con esperanza de alcanzar algo que no tenemos. ¿Para qué son las acciones del alumno (ejercitante) que Ignacio con su pedagogía le va ayudando a definir? ¿Actuar para qué?

Evidentemente que las respuestas a esta pregunta son ilimitadas. Cada uno dará sus respuestas según intereses, posibilidades, etc. Pero lo característico de la pedagogía ignaciana es que las acciones que se elijan deben posibilitar y favorecer, en cualquier caso, la realización del alumno en sus grandes objetivos fundamentales. ¿Cuáles son?

##### **4.1. Acción para el cambio personal. (La conversión y el seguimiento).**

4.1.1. El alumno, como el ejercitante, debe orientar todas las acciones de su vida de acuerdo al sentido de su vida, de acuerdo al "principio y fundamento". [23]

4.1.2. Debe "ordenar su vida" [21] pasando por la conversión, expresada en términos operativos, es decir, dando respuesta a las estimulantes y críticas preguntas: ¿Qué he hecho por Cristo?, ¿Qué hago...? ¿Qué debo hacer...? [53].

4.1.3. Aspira a vivir siguiendo a Cristo, actuando como El [104 y otros].

4.1.4. Acción para el cambio, expresada en términos efectivos: mediando el "conocimiento íntimo" y llegando hasta el amor [104 y otros].

##### **4.2. Acción para el cambio social. (El Reino)**

4.2.1. Las acciones de nuestros alumnos (como las del ejercitante) deben ir encaminadas a transformar el mundo, viendo la realidad con la misma mirada de Dios, partiendo de la aceptación de los hombres como son, creyendo en sus posibilidades de cambio, teniendo esperanza de que, mediando Cristo, se logrará. Es todo el bello y profundo sentido de la meditación de la Encarnación, que inspira la pedagogía ignaciana [101-109].

4.2.2. Dentro del mismo proceso, el fin de las acciones de nuestros alumnos es también la realización del Reino, el plan y la voluntad del Padre que Cristo concreta en su proyecto de Reino [91-98].

4.2.3. Para llegar a realizar ese proyecto de Cristo hay que luchar por la Justicia hasta hacer triunfar el amor. La opción por los pobres, la inversión de la pirámide social judía que Cristo propuso al poner en primer lugar a los niños, ir acompañado a todas partes por un grupo de mujeres cuando la mujer era marginada, aceptar la convivencia con los pecadores y definirlos como sus destinatarios primeros -como el médico a los

enfermos-, al reivindicar los derechos de los marginados, al atacar la corrupción y arbitrariedad del Templo, al presentar a Dios como Padre de hijos pródigos, al pedir la fraternidad, al proclamar las bienaventuranzas y defender la igualdad de hijos del Padre etc. ... Jesús se enfrentó, luchó contra el sistema.

La segunda, tercera y cuarta semana de los Ejercicios plantean perfectamente el conflicto y la solución. El objetivo final de toda la lucha será restablecer la Justicia hasta la plenitud del Amor, "trabajando", "haciendo" como Cristo y con Cristo, amándole a Él, amando como El y haciendo crecer el amor en la contemplación del amor activo y creativo de Dios [230-237].

#### **4.3. Acción para revitalización de la Iglesia.**

El amor de Ignacio a Cristo y consecuentemente a su "vera Sposa" la Iglesia, le lleva a la convicción de la necesidad de trabajar ("militar") en ella con "verdadero sentido". Las 18 reglas para sentir con la Iglesia [352] reflejan una sabia pedagogía, recogiendo propuestas de acciones concretas, que cuentan con la garantía de la experiencia.

Desde la conversión, para conseguir la transformación del mundo y la realización del Reino, mediando la lucha por la justicia y la fuerza. del amor, es necesario revitalizar a la comunidad y su organización, a la Iglesia.

#### **4.4. Acción para la mayor gloria de Dios.**

Al fin, todo tiene que estar orientado a la realización de la "voluntad de Dios" para su gloria, porque el ser humano "es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor" [23]. Esta es la razón de ser, este es el objetivo de todas sus acciones.

Lo que Ignacio sintetiza en el "Principio y Fundamento" [23] será clave en su espiritualidad y en su pedagogía. Sólo así se realiza el hombre en su raíz, sentido y plenitud.

La "Contemplación para alcanzar amor" [230] confirmará lo mismo como broche de oro de todo el itinerario de ejercicios.

### **5. PEDAGOGIA IGNACIANA PARA LA ACCIÓN.**

Todo lo dicho anteriormente, tanto lo referido explícitamente al pensamiento de San Ignacio sobre la acción, como lo que la filosofía, la axiología y la teleología de la acción pueden iluminar en la profundidad del pensamiento ignaciano, nos ponen en las puertas de cómo hacer, cómo actuar en pedagogía para que los alumnos puedan elegir bien sus acciones, cómo motivarles y ayudarles para que se comprometan a realizarlas y cómo hacer para que ellos actúen realmente de acuerdo a la elección y al compromiso.

Son demasiadas las reflexiones que se desprenden de lo dicho. Entretanto se elabora un trabajo más extenso y acabado, vale la pena recordar algunos aspectos que se desprenden directamente del texto de los Ejercicios Espirituales y otros que se pueden desprender con la iluminación de lo que los filósofos han dicho sobre la acción aplicado al pensamiento ignaciano.

Podríamos remitirnos a lo que ya está bellamente dicho en el documento "Características de la educación S.J.". Pero el tema es demasiado actual e importante y merece ser más desarrollado. ¿Cómo debe actuar un educador inspirado en la espiritualidad y según la pedagogía ignaciana?

### **5.1. Actitud del educador ante los alumnos.**

El educador -como el director de Ejercicios- debe adoptar una actitud de total confianza en el alumno. El educador debe presuponer que todo alumno merece confianza y credibilidad, de manera que esté "dispuesto a salvar sus proposiciones antes que a condenarlas; y si no las puede salvar, indague cómo las entiende; y si las entiende mal, corríjale con amor; y si no basta, busque todos los medios convenientes para que las entienda bien y pueda realizarlas correctamente" [22].

La experiencia pedagógica y la investigación educativa confirman el valor -de esta actitud para todo el diálogo y proceso educativos. Creo que es oportuno recordar en este momento la literatura profesional sobre "el efecto Pígalión".

### **5.2. Respeto al proceso de cada alumno.**

Obviamente el proceso y el ritmo de cada alumno es diferente, porque diferente es su capacidad y su situación. Lo que el alumno ha de hacer está condicionado a su realidad personal, a sus posibilidades, edad, salud, "debilidad" o cansancio, etc... [129].

Tanto la actitud de confianza como la de respeto a las condiciones, circunstancias y estado de cada uno son especialmente necesarias en una pedagogía de la acción que quiera incorporar lo personal y la creatividad de cada alumno. La educación ignaciana es esencialmente educación personalizada. Para San Ignacio la "cura personalis", es decir la atención, cuidado y orientación a cada uno, es una característica que acompaña al proceso educativo.

### **5.3. Tener en cuenta y facilitar el ambiente congruente.**

Hemos podido llegar a la misma propuesta al estudiar el "contexto" en la pedagogía ignaciana. Pero aquí subrayamos otro aspecto: la recomendación de Ignacio a que nosotros elijamos o construyamos el ambiente que más ayude para alcanzar lo que se busca. Los factores ambientales influyen activamente en la consecución de los objetivos, la luz, la temperatura, la alimentación, el ambiente de paz y alegría, etc. como Ignacio propone en las "adiciones" de los ejercicios y cambia cada semana según los objetivos propios de cada semana. (Ver p.e. [229]).

### **5.4. Reflexionar sobre modelos o prototipos de actores y sus acciones.**

Es el recurso más reiterado en todo el proceso de los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio. Observar, contemplar, analizar, percibir incluso con "aplicación de sentidos" la calidad de la acción de protagonistas ejemplares, sobre todo de Cristo, así como observar, contemplar y analizar las acciones de los agentes contrarios, ayuda a valorar

tales acciones, a descubrir su trascendencia a conocer a sus actores y a descubrir también a qué acciones estamos llamados nosotros y con cuáles debemos comprometernos. [108] [116] [2<sup>a</sup>,3<sup>a</sup> y 4<sup>a</sup> sem.].

Este recurso pedagógico es de especial valor en un momento en que los medios de comunicación social, sobre todo los masivos y la prensa de corazón, están ofreciendo una galería de modelos sacados del mundo de los espectáculos, de las modelos para desfiles y promoción de modas, de los deportes o del marketing político, etc..., que nada tienen que ver con los auténticos modelos con valores incuestionables de humanidad y de cristiandad.

### **5.5. Identificarse con los hechos que se contemplan.**

Se trata de poner en juego la imaginación para provocar una experiencia interna e "intencional" de las acciones de protagonistas ejemplares. Ponerse, meterse en el pellejo de los que actúan y reflexionar sobre lo que vivo, sobre los sentimientos que me provocan, sobre cómo percibo la acción desde un protagonismo participativo y cómo me siento en ella. [114].

### **5.6. Hacerle hacer el papel de consejero (role playing).**

Ubicar al alumno en una hipótesis, hacerle jugar el papel de consejero para que objetive la percepción, el análisis y la propuesta. Después aplicarse a sí la misma propuesta. [185].

### **5.7. Darle elementos para que conozca los frutos de la acción.**

Los resultados positivos son motivadores. Ignacio va a insistir en contemplar lo que sucedió, cómo se sintieron sus actores y qué pasó después. No se trata de contemplar actores y acciones de novela o ficción. San Ignacio va a insistir en que se cuente la "vera historia", los hechos de Jesús y cuantos le siguieron. Recurrir a los efectos de nuestras ideas, emociones y sentimientos y más aún de nuestras acciones es una estrategia característica de Ignacio para discernir el valor de esas ideas, emociones, sentimientos y acciones. Tal vez para él sigue resonando la frase de Jesús "Por los frutos los conoceréis" (Mt 7,16).

### **5.8. Motivarle a partir de necesidades sentidas y vínculos efectivos.**

Está por hacerse un estudio sólido sobre el manejo de las motivaciones en los Ejercicios Espirituales. Pero una simple observación hacer ver que Ignacio ha descubierto por experiencia que para motivar a la acción (y al cambio) es necesario que el ejercitante (el alumno en nuestro caso) tomen conciencia de la necesidad de cambiar y de actuar y que dicha toma de conciencia tenga fuerza como para hacer sentir la necesidad. Para mover no basta conocer la necesidad hay que ayudar a que se sienta y que se perciba la posibilidad de ser resuelta.,

En la Primera semana de los EE.EE. Ignacio ayuda al ejercitante a este proceso que

favorece a la convicción y a la decisión de la "conversión" traducida además en acción.

Igualmente sucede para el seguimiento de Cristo en la Segunda semana y para la identificación con los sentimientos, las actitudes y la respuesta a Cristo en la Tercera y Cuarta Semanas.

A la estrategia motivadora de la necesidad sentida, Ignacio incorpora la estrategia de los vínculos efectivos. Sus ejercicios no son ni exclusiva ni principalmente "meditaciones" reflexivas, sino contemplaciones e incluso "aplicaciones de sentidos" que dinamizan, orientan y vinculan el potencial afectivo del ejercitante hacia la persona de Cristo y su proyecto.

## **6. DEL HACER AL APRENDER: PEDAGOGÍA EN LA ACCIÓN.**

La educación para la acción debe ser educación en acción. A "hacer" (perdón por la cacofonía) se aprende haciendo, se aprende en la práctica, en la acción.

Sucede además, como dice Hans Aebli (1998,20), que "no es el "contenido del aprendizaje" lo que más atrae, sino la actividad. Andar, nadar, conducir un coche, poner a funcionar un juguete, hablar con un colega, son actividades. El aprendizaje se realiza en el proceso de su ejecución. Es, por decirlo así, un producto secundario de la actividad. El niño no pretende ante todo aprender, sino más bien dominar la actividad y lograr con ella un producto determinado: moverse más libre o más rápidamente, producir un resultado concreto...".

"Para ello –dice poco después Aebli- debe cumplirse, sin embargo, otro requisito: la actividad ha de tener éxito. Por lo menos debe acercarse al aprendizaje a su meta, y éste debe ser capaz de percibirlo".

Ya es un tópico citar los porcentajes aproximados de aprendizaje y su retención en la mente según la fuente de percepción. Sabemos que lo que sólo es percibido por el oído se retiene menos que lo que es visto, y lo visto también menos que lo que es oído y visto simultáneamente, y todo ello menos que lo que se ha aprendido en la acción. Lo que más se recuerda es lo que se ha hecho. Pero aun siendo tópico, es oportuno decirlo para destacar un principio pedagógico importante: que haciendo se aprende más, que simplemente oyendo, leyendo o viendo. Ignacio ofrece Ejercicios Espirituales y no textos, clases, sermones o discursos de espiritualidad, moral o teología.

Hay razones para dudar de que las instituciones educativas estén enseñando a los educandos para que aprendan a actuar. Y, sin embargo, si las instituciones pretenden capacitar para la vida, los educadores profesionales tienen que comprender que capacitar para la vida no es sólo saber conceptualmente qué es la vida, cómo es el mundo y qué hay que hacer, capacitar para la vida es formar y formarse para poder intervenir activamente, haciendo algo en ella. La idea es más clara si compartimos la visión de Dewey (1916), quien concebía a la escuela como lugar de vida, no como lugar de preparación para la vida.

Hay muchas clases de acciones, unas son sociales, que van dirigidas a personas (animar a una persona triste), y otras son físicas, que van dirigidas a cosas (arreglar la bicicleta).

Hans Aebli (1998,21ss), pensando en las acciones posibles en la escuela, ha elaborado

una taxonomía de actividad y saber. Considera que todas las actividades pueden clasificarse de acuerdo a tres dimensiones y sus posibles relaciones-combinaciones. Las tres dimensiones de la actividad en clase son: 1) actividades relacionadas con personas y actividades relacionadas con cosas; 2) actividades prácticas o productivas y actividades representativas o de reconocimiento; 3) actividades simbólicas y actividades reales. Esta tipología de actividades y las posibles combinaciones entre ellas pueden ayudarnos a comprender si nuestro quehacer educativo cubre un espectro rico de actividades o simplemente está nutrido de actividades simbólicas, que lleven al aprendizaje memorístico de sus contenidos, que no son la realidad sino representaciones de la realidad..

El objetivo en el aula no es la actividad por sí misma, la actividad está orientada hacia la asimilación del saber. A su vez el saber se convierte en principio de nuevas actividades y base del comportamiento. Lo importante para el educador es hacer comprobar a sus alumnos que hay relaciones cada vez más estrechas entre el “saber hacer” y el “saber sobre el mundo”, entre el “saber sobre las cosas” y el “saber social”.

Impresiona constatar cómo en San Ignacio la visión que se desprende de la contemplación y comprensión del mundo (saber sobre el mundo), de las cosas (saber sobre las cosas) y de los hechos personales (saber sobre sí mismo y otras personas, sobre todo Cristo) y los hechos sociales (saber social), está directamente ligada a la acción. Todas las contemplaciones de sus Ejercicios Espirituales disparan al ejercitante a la acción, a diversos tipos de acción que deben responder todos ellos a “hacer la voluntad de Dios”.

Me siento identificado con lo que Hans Aebli ha escrito sobre la pedagogía de la acción en los dos libros que vengo citando: “Las doce formas básicas de enseñar” y “Factores de la enseñanza que favorecen el aprendizaje autónomo”. Comparto sus ideas centrales que no quiero repetir aquí, prefiero remitir a cada lector a la bibliografía que cito, sencillamente para ahorrar espacio y tiempo y ser fiel al propósito de mis reflexiones, que pretenden solamente hacer ver cómo la espiritualidad de san Ignacio, espiritualidad de un hombre activo y práctico, puede inspirar una nueva forma de educar con la pedagogía que de sus principios y modo de proceder se desprende.

Como Aebli, Ignacio también busca el aprendizaje autónomo. Cada ejercitante, ayudado por el director de ejercicios, es autor de sus ejercicios y conductor y evaluador de todos sus procesos. Al fin, quien ha pasado por la larga experiencia de un denso mes de ejercicios, queda capacitado para ordenar y regir correcta y eficazmente su propia vida, comprometido con la persona y el proyecto de Cristo.

## **7. LA ACCIÓN A DISTANCIA.**

## **8. ACCIÓN EDUCATIVA Y ETICA.**

El tema desborda los límites y propósitos de este libro. En estos tiempos de tanta desorientación, pluralismo y corrupción la ética del actuar educativo, tanto si estudiamos el comportamiento de los educandos, como el de los educadores, sean o no profesionales de la educación, merece dedicarle tanto espacio y tiempo como para escribir otro libro.

No es nuestro caso.

Pero la importancia y actualidad del tema, así como el lugar que ocupa lo ético en la espiritualidad ignaciana, me obligan a dedicarle atención y reflexión.

La acción humana es el contenido central de la reflexión ética. Las acciones con las que se realiza la educación deben ser también analizadas desde la ética. Y, como dice Junges (2001,69), “una evaluación ética presupone siempre una cierta comprensión de lo que es una acción típicamente humana”.

Las reflexiones que hemos hecho hasta ahora sobre la acción nos ayudan a comprenderla, pero debemos seguir profundizando el estudio de la acción para enriquecer nuestro concepto, para comprender mejor aún sus implicancias en la educación y para poder adentrarnos en la dimensión ética de la misma con mayor fundamento.

### **8.1. La acción educativa en la modernidad y en la postmodernidad.**

José Roque Junges hace una breve síntesis de lo que significa la acción en la modernidad y afirma que “la mentalidad moderna se caracteriza por una actitud activa ante la realidad natural y social. Ésta se presenta como algo a ser transformado por la acción humana. El mundo no es para ser contemplado, sino para ser construido por la mano humana. Eso hace que el ser humano no se adapte, ni se deje simplemente determinar por lo dado natural y social, sino que quiera moldearlo según el proyecto construido por su mente. El mundo se presenta como tarea, esto es, como algo a ser transformado por la intervención humana. Esa concepción del mundo se funda en el primado de la acción transformadora e inaugura una visión dinámica y evolutiva de la realidad.

El mismo ser humano se concibe a sí mismo y no sólo al mundo como inacabado, que se va realizando en la interacción con la realidad. El no es puro dado personal, sino tarea para ir apropiándose y transformando esto dado a través de la confrontación activa con la realidad. Así, su propio ser es objeto de decisión humana y se va constituyendo en la trama histórica de su actuar concreto. Eso se expresa en la afirmación corriente de la antropología moderna de que el ser humano es un ser de praxis o mejor, de que “la praxis es el modo específico de ser del hombre”. (2001,45).

La cita es larga, pero vale la pena por su claridad al centrar el tema de la acción en nuestro tiempo, y por las resonancias que tiene con ecos que evocan líneas fuertes de la espiritualidad ignaciana.

También para San Ignacio el ser humano y el mundo están en continua interacción dialéctica. Y efectivamente el hombre y el mundo se presentan como deber y como tarea. Ignacio no duda de la influencia del mundo en el ser humano, y ahí radica gran parte del profundo sentido pedagógico de la “composición de lugar”, del “contexto”, de la ubicación en el mundo de los hechos y personas que quiero conocer y para ello los contemplo. Y también plantea con toda lucidez la necesidad de comprometerse a intervenir en el mundo para cambiarlo. La acción en el contemplativo Ignacio debe ser transformadora.

Para los educadores, esta concepción de la acción humana es connatural y refleja la esencia cultural del ser humano. Sea porque capacitamos para la vida en y desde la vida de la escuela en un contexto cultural o multicultural, sea porque introducimos en las

tecnologías y las ciencias, mediando la enseñanza y el aprendizaje, nuestra tarea es de permanente interacción entre el ser humano y el mundo y es, al mismo tiempo, ayudar para que las alumnas y alumnos aprendan y se capaciten para su personal interacción transformadora.

“La modernidad significó la emergencia del sujeto autónomo, que se posiciona activamente ante el mundo y transforma la naturaleza y la sociedad al servicio de sus intereses, movido por una construcción mental que orienta esa transformación. Surgen, así, el sujeto emprendedor y la ciencia productora de tecnología. Ese proceso se basa fundamentalmente en dos principios: individualismo y racionalidad instrumental” (Junges, 2001,17).

Pero el contexto en que educamos no es sólo contexto de modernidad, es también contexto de postmodernidad. “La exasperación de la post-modernidad –continúo con el inspirado análisis de Junges- se manifiesta principalmente en relación a las dos ideas básicas de la modernidad: el individualismo y la racionalidad instrumental...

...El individualismo del sujeto autónomo desemboca en un individualismo del yo narcisista. El primero apuntaba para un sujeto emprendedor y ciudadano; el segundo, para un sujeto solipsista y hedonista. El segundo corresponde a la desintegración del primero. Si el sujeto autónomo significó la afirmación de identidad y de independencia, el sujeto narcisista apunta a la pérdida de identidad y de autosuficiencia. El narcisismo no se identifica con la autosuficiencia, sino con la pérdida de identidad. Hace referencia a un yo amenazado por la desintegración y por una sensación de vacío interior (H.Bejar). Ese vacío interior se manifiesta como una desvitalización de estructuras antropológicas del ser humano. Desaparece la perspectiva del futuro y de la utopía. Lo que importa es vivir el presente y disfrutarlo plenamente... Desaparece la perspectiva del otro. No importa lo que acontece con los otros y, principalmente, el sufrimiento de los otros. Cada uno busca su bienestar...” (Junges, 2001,19).

“Al individualismo solipsista corresponde una comprensión fragmentaria de la racionalidad. La racionalidad instrumental (de la modernidad) desemboca en una racionalidad fragmentaria. No existe un principio explicativo único de la realidad, ya que (en la postmodernidad) se perdió la consideración del fin. La racionalidad está vaciada de teleología. Se impone una multiplicidad de racionalidades. Esa fragmentación tiene su base en la caída de la verdad, del sujeto y del ser....No existen más verdades absolutas, porque la verdad es interpretación y no se puede hablar de verdad incontrovertible. El significado de las realidades, es decir, su verdad depende de su uso...Surge el relativismo”.

Cae también la concepción metafísica del sujeto, debido al debilitamiento de la conciencia autónoma ante el fortalecimiento de las pasiones (deseo y placer)...El deseo y el placer se convierten en la fuente de conocimiento y, así, en criterios para alcanzar la verdad.

Y el ser no es, se ofrece...” (2001,21).

El contexto lleno de paradojas, con presencia simultánea de modernidad y postmodernidad, unido a un contexto pluricultural, obliga a los educadores y educadoras a repensar su discurso y su modo de atender a los educandos. Podría decirse que paradójicamente nuestros alumnos son cada vez más homogéneos y al mismo tiempo

singulares. En cualquier caso, sea cual fuere la cuota de homogeneidad o singularidad, la responsabilidad profesional empuja cada día con más fuerza a una única salida, la de la educación personalizada. Una acción educativa que no personalice no es verdaderamente educación y por ello mismo no es ética.

## **8.2. La acción educativa como proceso y la acción educativa como resultado.**

Especialmente importante para analizar la ética de la acción educativa es la distinción básica de toda teoría de la acción humana, la distinción entre la acción como “proceso” y la acción como “resultado” (Ver Junges, 69ss).

### **OBSERVACIÓN.**

Todo lo escrito son solamente apuntes para **la** reflexión. Cada punto merece mayor y mejor desarrollo. Como dije al principio están elaborados a nivel de ensayo. Aunque no cito expresamente toda la bibliografía a que me refiero, sí quiero recomendar la lectura de: "Antropología del obrar humano", escrito por José M. Arnaiz y publicado en Ediciones Paulinas, de Santiago de Chile, en 1984.

### **BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA.**

Aebli, Hans: “Doce formas básicas de enseñar”. Madrid, Edit. Narcea, 1988. 350pp.

Aebli, Hans: “Factores de la enseñanza que favorecen el aprendizaje autónomo”. Madrid, Edit. Narcea, 3ª edición, 1998. 365pp.

Arendt, Hannah: “De la historia a la acción”. Barcelona, Edit. Piados, 1995. 171pp.

Arnáiz, José María: “Antropología del obrar humano”. Santiago de Chile, Edit. San Pablo, 1984. 357pp.

Cabero, Julio y otros: “Nuevas tecnologías aplicadas a la educación”. Madrid, Edit. Síntesis, 2000. 255pp.

Cañero, Mercedes y otros: “Atracción mediática. El fin de siglo en la educación y la cultura”. Buenos Aires, Edit. Biblos, 1999. 398pp.

Carr, Wilfred: “Calidad de la enseñanza e Investigación-Acción”. Sevilla, Editora Diada, 1993. 177pp.

Colom, Antoni J y otros: “Teorías e instituciones contemporáneas de la educación”. Barcelona, Edit. Ariel, 2001. 379pp.

Cruz, Manuel y otros: “Acción humana”. Barcelona, Edit. Ariel, 1997. 349pp.

Crook, Ch.: “Ordenadores y aprendizaje colaborativo”. Madrid, Edit. Morata, 1998. 315pp.

Decloux, Simon: “El camino ignaciano”. Estela (Navarra), Edit. Verbo Divino, 1984. 163pp.

Dhöthel, Jean-Claude: “La espiritualidad ignaciana”. Claves de referencia. Santander, Sal

- Terrae, 1991. 134 pp.
- Elizalde, Juan Carlos: "Orar la vida". La experiencia de Ignacio de Loyola. Madrid, Edit. San Pablo, 1997. 207pp.
- Geibler, Karlheinz A. y Hege, Marianne: "Acción socioeducativa. Modelos, métodos, técnicas". Madrid, Edit. Narcea, 1997. 255pp.
- Geiger, L.B.: "Etre et agir dans la philosophie de St. Thomas". Paris, Edic. Du Cerf, 1963.
- Junges, José Roque: "Evento Cristo e Acao Humana". Sao Leopoldo (Brasil), Edit. UNISINOS, 2001. 374pp.
- Luckmann, Thomas: "Teoría de la acción social" Barcelona, Edit. Piados, 1996. 159pp.
- Lugo, María Teresa y Schulman, Daniel: "Capacitación a distancia: acercar la lejanía". Herramientas para el desarrollo de programas a distancia. Buenos Aire, Edit. Magisterio del Río de la Plata, 1999. 174pp.
- Maldonado, Tomás: "Crítica de la razón informática". Barcelona, Edit. Paidós, 1998. 239pp.
- Metts, Ralph::: "Ignacio lo sabía. La pedagogía jesuita y las corrientes educativas actuales". Guadalajara (México) Edit. ITESO, 1997. 254pp.
- Mondin, Battista: "Teologías de la praxis". Madrid, Edit. BAC, 1981. 194pp.
- Peters, Otto: "Didáctica do ensino a distancia". Sao Leopoldo, Edit. Unisinos, 2001. 402pp
- Ricoeur, Paul: "Del texto a la acción". México, Edit. Fondo de Cultura Económica, 2001. 380pp.
- Scannone, J.C. y otros: "Lo político en América Latina. Desafíos actuales. Contribución filosófica a un nuevo modo de hacer política". Buenos Aires, Edit. Bonum, 1999. 544pp.
- Tapscott, Don: "Creciendo en un entorno digital. La generación Internet". Bogotá, Edit. McGraw Hill, 1998. 304pp.
- Wallace, Patricia: "The Psychology of the Internet". USA, Cambrigde University Press, 1999. 264pp.
- Woolley, Benjamín: "El universo virtual". Madrid, Edit. Acento, 1994. 258pp.